

Aia fue una vez un ser de sencillas costumbres, complejos pensamientos y emociones cambiantes. Esos días siguen viviendo en su memoria y por ello son parte de su alma, pero tras el largo y maravilloso viaje que emprendió un día como el de hoy, o como cualquier otro, en unos tiempos tales como todos los demás, Aia ya no fue este ser del que hemos hablado; no únicamente...



Aia, como el humano medio, a menudo pensaba en lo revolucionario que resultaría aceptarse y cuidarse viviendo en un mundo que se beneficiaba de sus inseguridades y su horario despersonalizante, pero empezaba a olvidar que los sentimientos que no expresaba se iban enquistando en sus entrañas para volverse cada vez más suyos, mas incomprensibles y más difíciles de curar. No morían, sino que eran encerrados y cuando salían a la luz invadían aquello que encontraban a su paso. Se convertían en gotas de agua salada que arrasaban con todo lo que se interpusiera en su camino.



Χ Κ δ

Todas esas presiones impuestas iban cobrando forma en Aia y se convertían en un gran bloque de metal que pesaba más cada anochecer. Como aquel que va acumulando entradas de conciertos, libros ya leídos u otros objetos con el único propósito de poder recordar, nuestro amigo coleccionaba todo tipo de emociones. Empezaba a dudar del poder de la paz, aquella vieja amiga con quien perdió el contacto hacía ya muchas albas; se rendía ante las toneladas que amenazaban con usarlo de colchón por las noches.



Cada vez era peor, se iba hundiendo como en arenas movedizas, se bañaba en aguas estancadas y ya no se creía capaz de nada. Sus días pasaban como las páginas de un libro movidas a velocidades infames por el viento. El tiempo dejaba de tener sentido: las horas parecían años, los minutos vidas enteras, las semanas, sin embargo, se le escapaban y no lograba que los meses transcurrieran con la suficiente lentitud como para poderlos admirar. Aia se había alienado de sí mismo, podía verse desde fuera y ya no se reconocía en el espejo. ¿Cómo iba alguien a reconocerlo entonces? ¿Cómo iba alguien a verlo siquiera? Se había marchitado como una flor arrancada y posada al sol. Se sentía cual niño que sin querer deja que su globo favorito se le resbale de las yemas de los dedos y sufre, mientras lo observa alejarse lentamente y encogerse entre las nubes.





Se sentía solo, se sentía abandonado, empatizaba con ese cactus que un día vio, creciendo solitario entre las dunas de un desierto que no tenía más vida que acoger. Había perdido el último tren que lo podía llevar a un lugar seguro donde recomponerse. No es que llegase tarde para subirse en él, sino que no tuvo el valor de hacerlo y, aunque lo hubiese tenido, no lo habría hecho porque le faltaban motivos. Y esa falta de sentido en su vida, ese no saber a qué aferrarse, era para Aia como un pitido incesante y aborrecedor repitiéndose una y otra vez en sus oídos hasta llevarlo a la locura. Era como la incomodidad de un fluorescente estropeado, que parpadea rítmicamente, cual obsesivo, en la sala de espera de una consulta, que a todos enfurece, pero nadie arregla nunca.



Se sentía maniatado. No era capaz de hacer o decidir por sí mismo y aun así no podía siquiera concebir la posibilidad de pedir ayuda. A su alrededor solo había oscuridad, una falta de luz a la que sus pupilas no lograban adaptarse. No veía nada, tampoco la deslumbrante luz de la luna llena. De su interior brotaba oscuridad, la más densa y negra masa invasora que el mundo jamás había presenciado o, al menos, así lo vivía Aia.

Parecía que estaba todo perdido, nadie en su sano juicio habría puesto su vida en juego apostando que nuestro amigo estaba algo cerca de entender que la oscuridad es solo transitoria, y que siempre habrá algo que acabe con ella, sin que duela.



Y de entre la oscuridad nacía una figura. Era como aquellas siluetas que describen quienes sufren parálisis del sueño. Aquel ser oscuro no tenía rostro, Aia no lograba reconocerle, pero sabía que a su lado no estaba seguro. Le aterraba aquella presencia. Le temía hasta tal punto de desear acercarse al sol, aunque por ello terminase abrasado, solo para deslumbrarse tan intensamente como para no recordar la oscuridad. Pero en la desesperación por acercarse al sol agotó todas sus fuerzas, y se durmió. Se hundió en un sueño tan profundo que ya nada le resultaba difícil. Le bastó con parpadear para que sus pestañas le impulsaran cuales alas de águila al viento y le lanzaran por entre las nubes ofreciéndole un paisaje caótico de todo lo que hasta entonces le había invadido.



Veía ese cactus solitario, veía la estación de trenes, veía el agua arrasando a su paso, veía presiones, pesos, decepciones, veía oscuridad. Y fue entonces, alejándose, cuando se dio cuenta de que aquel era su reino, un mundo lleno de cargas, lleno de acumulación y confusión que él mismo había creado.

Pensó en abandonarlo todo, en volar muy lejos y empezar de nuevo, pero ¿de qué iba a servir? Había pasado toda su vida repitiendo una y otra vez sus propios pasos. Viajando del desierto a las aguas, y de allí a su sesión semanal de presiones. De vez en cuando se sentaba en el banco de la estación a ver pasar otro tren, el que fuese, solo para acabar de creer que no había motivo alguno para subir en él.

Incluso pensó en ir a ver hacia donde llevaban los trenes, pero se encontró con que las vías se separaban en incontables caminos y no creía tener tiempo para visitarlos todos.





Ese sueño profundo en el que se había adentrado parecía más real por momentos. Incluso el vuelo que sus pestañas le regalaban empezaba a cobrar sentido. Subía cada vez más alto y, al tomar distancia del suelo, lo veía todo con una perspectiva que resultaba hasta agradable. Su mundo empezaba a encajar. Funcionaba como los engranajes de una maquinaria compleja en la que cada diente, cada hueco, cada una de las piezas tiene su función. El solitario desierto cambiaba con cada soplo de brisa, las dunas se acomodaban a su gusto. Permitían una fluidez del entorno que acompañaba al resistente cactus. Eran sus amigas, su familia y el motivo por el que este seguía vivo pese a no convivir con iguales a él.

El pequeño monte por el que bajaban enormes gotas arrasadoras presenciaba todo un ciclo natural de transformación, y formaba parte de este. Por estar cerca del árido y caluroso desierto, el lago que besaba sus pies se evaporaba en forma de nube, que llovía y generaba de nuevo esos inmensos caminos de agua que volvían a descansar en el lago.

A su vez, el recogimiento del agua del lago se filtraba por la tierra alimentando el verde laberinto, las plantas del cual crecían, morían, ocupaban y desocupaban espacios evitando que sus sendas fuesen siempre las mismas y que sus caminantes se aburriesen por ello.



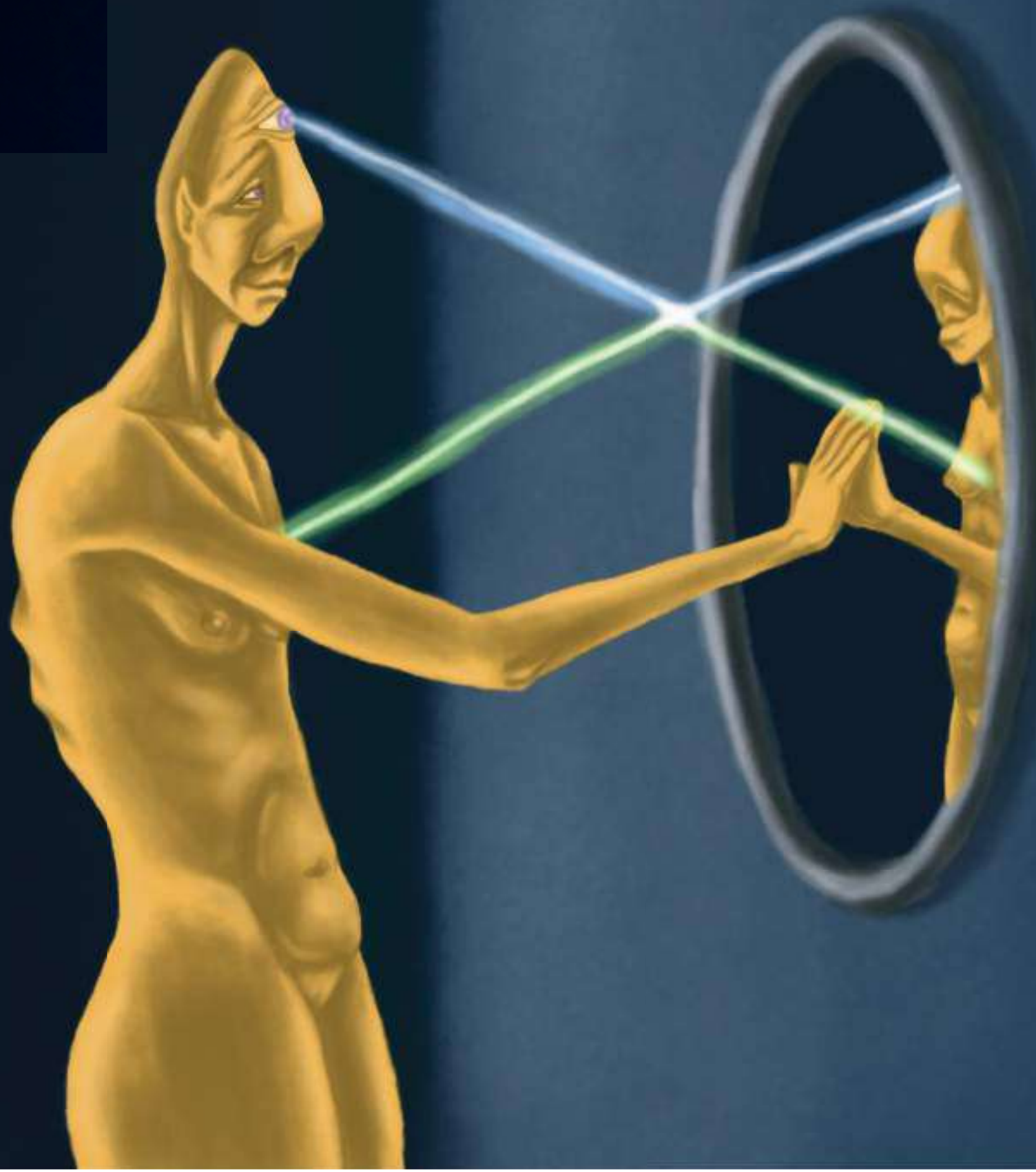
Más tarde Aia acabaría descubriendo que el gran bloque de metal que tanto le pesaba resultaría ser un importante pilar en su mundo; y que la, hasta entonces, poco útil estación de trenes se convertiría en el rincón de su reino que más soluciones le brindaría.

Su reino cobraba sentido, y Aia parecía sentirse en casa por primera vez en mucho tiempo, cuando despertó del sueño estremeciéndose por la inmensidad de su entorno vacío y silencioso. Ahora echaba de menos el solitario cactus, necesitaba el ruido de la tormenta. La simpleza de su alrededor le hacía desear volver a su laberinto mágico. Y así, todo aquello que antes le había hecho miserable se convirtió en su mayor tesoro. Un tesoro que creía perdido.



Volvía del más excitante y revelador viaje, pero se sentía triste porque hubiese terminado. O al menos Aia lo creía terminado pero, ¿realmente terminan los viajes? Quizás nada en su vida había terminado nunca en verdad. Tal vez todo lo que había vivido y vivía era parte de un caminar interminable que, a veces se hacía cuesta arriba pero otras, atravesaba campos florecidos de blanda tierra y dulces olores a jazmín. Se preguntaba si su vida era comparable a una carrera de obstáculos, no lo era. No había que ganar, o mejor, se podría decir que sí, siempre había que ganar pero no derrotar.

Se dio cuenta de que todo, absolutamente todo en su vida, formaba parte de él. Incluso aquello que hasta entonces había intentado evitar con todo su empeño. Hasta la más larga noche de martirio entre sollozos le había hecho ser Aia. Ese mismo Aia que, por unos instantes, tuvo el poder de convertir sus más terroríficos infiernos en un sueño fantástico del que nadie querría despertar.



Acababa de comprender que aunque, a veces, nada tuviese sentido, todo podía cobrarlo si él quería. Acababa de ver, a modo de revelación, que tenía en sus manos el poder de aprender. Aprender de sus miedos, de sus traumas, de todo lo que se le cruzase por el camino, de sí mismo, de los demás. Aprender de lo malo, y también de lo bueno. Aprender de los errores y también de lo que salía bien. Acababa de aprender que en el espejo podía encontrar un maestro que no lo juzgaría jamás si él mismo no juzgaba al maestro, que no le mentiría si él era honesto, que siempre le escucharía si él aprendía a escuchar, que nunca le abandonaría. Acababa de aprender a aceptarse, a escucharse y a no mentirse. Aia acababa de aprender a quererse. Sabía que no bastaba con aprenderlo, muchos saben leer y aun así no leen. Tenía que esforzarse, que cuidarse y explorar ese nuevo reino que descubrió en sus sueños, en su mundo, su ser.





Recordó aquellos sabios seres que una vez conoció que le dijeron algunas palabras que en aquel momento carecían de sentido para Aia. Fue solo más tarde que entendió cuan verdaderos eran esos consejos que le brindaron esos dos locos.



Imaginad un Aia perdido, incomprendido, amenazado por miles de dudas y problemáticas que no conseguía solucionar, mirando sin prestar demasiada atención a un ser que sacaba una bolsita llena de garbanzos secos, los colocaba en un cuenco y empezaba a contarlos uno a uno en voz alta y señalándolos. Empezaba por el uno, continuaba con el dos, seguía con el tres y al llegar al nueve paraba, echaba un soplo de aire y volvía a empezar. Paraba esta vez en el trece, respiraba y volvía a empezar. Era ya la quinta vez que los intentaba contar cuando Aia empezaba a enfurecerse, sin entender que pretendía ese extraño ser. Perdía la paciencia y estaba a punto de abandonar al viejo ser cuando este lo miró, calmado, y le dijo: “Que sencillo hubiese sido, amigo mío, meter los garbanzos uno por uno en la bolsita e ir contándolos solo cuando ya no se pudiesen mezclar otra vez entre ellos, ¿no crees? O separarlos de cinco en cinco y sumarlos luego.” Aia pensó que ese individuo era estúpido y que era evidente que con tantos garbanzos se iba a descontar si no los separaba unos de otros, no se podían contar bien si estaban todos juntos.

Ahora que recordaba ese día comprendía que ese ser no era para nada estúpido, más bien lo contrario. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que el anciano le estaba dando la clave a todos sus problemas?, le estaba enseñando como hay que solucionar las adversidades poco a poco, una a una, sin confundir unas con otras, para no entrar en bucle y cometer, como Aia había hecho siempre, una y otra vez los mismos errores.



Junto al viejo y extravagante ser había una diminuta pero fuerte alquimista que cargaba con un enorme ramo de lavanda y jazmín y lo perfumaba todo a su alrededor. Sonreía, rodeada de abejas que se acercaban a oler las flores y a recoger su polen. Ante tal escena Aia no paraba de preguntarse como podía ser que la minúscula llevadora de flores estuviese libre de picaduras, y de pronto un soplo de aire arrancó el ramo de las manos de ella, que se agachó a recogerlo con la mala suerte de posar su dedo índice sobre una de las polinizadoras. La abeja le clavó su aguijón creyendo ser atacada. Aia observó a la muchacha, que arrancó del ramo una flor y la posó sobre el insecto herido y se disculpó. Luego miró a nuestro amigo y sonrió.



Él le preguntó por su picadura y quiso saber por qué no le dolía; a lo que la muchacha respondió: “Las picaduras de abeja siempre duelen, pero se curan. A diario recibo picaduras de abeja, mis hermosos ramos las atraen y yo hago lo posible para que ellas puedan disfrutar de mis flores. A veces se asustan y me pican, pero no es su culpa, no saben que no quiero hacerles daño. Actúan por lo que ellas son, no por lo que soy yo. Cada vez que recibo una picadura pienso que si todos viviésemos para hacer el bien que nos es posible hacer, nadie tendría miedo de nadie, todos harían el bien, todos serían por si mismos, sin importar lo que hagan los demás. Las abejas no pican por venganza, pican por defender lo que es bueno. Nosotros, los que no somos abejas, picamos para vengarnos o para hacer daño. Deberíamos ser como ellas, hacer cosas dulces, ayudar a nuestros amigos a vivir, cuidar de las flores y hacer todo lo posible para que esto lo hagan todos.” Y recordando las palabras de la alquimista, Aia entendió que la paz debía de ser eso, hacer el bien y tener la mente tan calmada que las acciones ajenas no influyan en las propias, ni el dolor ni la pérdida, solo el amor, por los demás, por el entorno y por uno mismo.

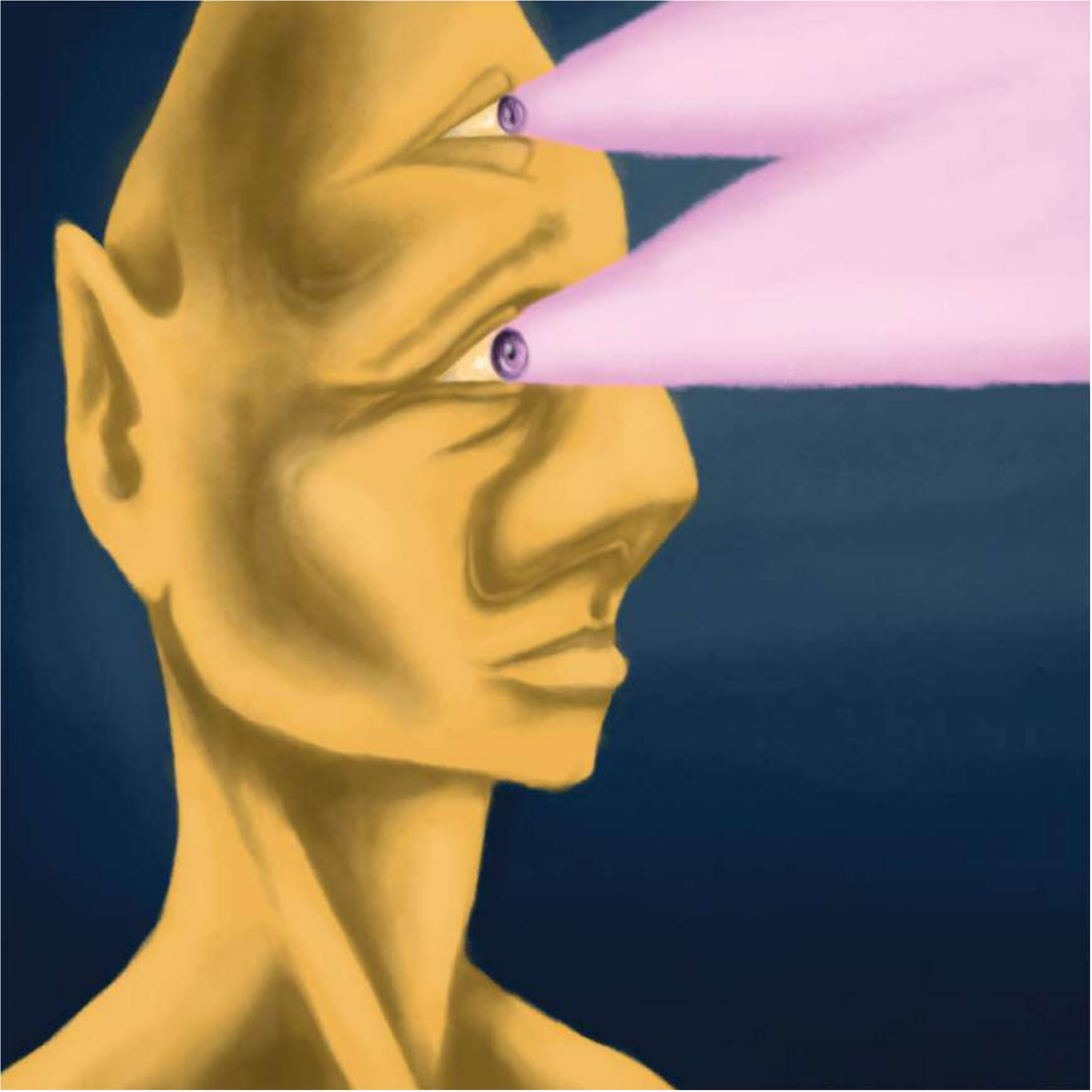




Aia empezó a gozar del viaje con aquel sueño del que no había querido despertar, empezó a valorar el viaje, un viaje que era en realidad su vida. Hoy Aia sabe cuándo empezó, lo recuerda bien y eso le da estabilidad, pero no sabe cuando terminará. Desconocerlo es para él una mezcla entre miedo y entusiasmo que le ayuda a vivir el trayecto aceptando todo lo que venga, ya que es parte de su recorrido. Cuando tuvo ese sueño su alma despertó y hoy todo lo ve más claro, como si un tercer ojo hubiese nacido en su frente y le aportase otro punto de vista.



Ahora ya no necesita llegar a sus límites para visitar su reino, este le acompaña a cada momento y se va transformando con cada piedra en el camino y con cada aprendizaje. Como el trueno en la tormenta vecina sigue al relámpago, como las pequeñas oscilaciones en un lago siguen esa gota que cae del cielo, como el silbido entre las hojas de bambú es consecuencia del soplar del viento, del mismo modo que un arcoíris aparece cuando el sol se abre paso entre las lluvias, igual que un tsunami se forma con la vibración de los suelos... semejante a todo lo natural, que se conecta, que es causa y consecuencia, el mundo interior de Aia vivía en primer plano las consecuencias de la vida de este. Su amado reino cambiaba con él, florecía, salía el sol, crecía el laberinto y la estación de trenes cada vez llevaba a más destinos. También este era causa, causa de las decisiones de nuestro amigo, causa de sus emociones y de sus certezas. Era un ciclo continuo y hermoso donde abundaba el aprendizaje y la experiencia.



Y no nos olvidemos de hablar de sus pilares. Todo aquello que lo presionaba contra el suelo, que le pesaba, todas aquellas cargas que llevaba en la espalda e iban creciendo y convirtiéndose en un bloque de metal, fueron poco a poco dándole estabilidad a medida que las pensaba, las aceptaba y curaba. Con cada decepción superada, Aia se enraizaba con más fuerza a la vida. A la vida consciente y sana. Pisaba con fuerza y con pasos contundentes cuando avanzaba.

También descubrió la infinidad de posibles trayectos que le ofrecía la estación de trenes, miles de paradas ligadas a su reino que esperaban ser descubiertas. Aia las iba visitando; a veces subía a un tren aleatoriamente sin preguntarse donde acabaría aquel día, y resultaba ser siempre muy enriquecedor, la fuente de nuevos conocimientos. Allí conoció el amor de todos los tipos, amor pasional y fugaz, amor delicado y sincero, de ese que sabe escuchar; el amor de un amigo y el de un familiar. También descubrió los retos, la intriga y la curiosidad. Una gran variedad de emociones inacabables. Esa estación de trenes se convirtió en su día a día, tiempos maravillosos y refrescantes donde todo lo que la vida le podía ofrecer a Aia, los sueños se lo ofrecían a su reino.

Así fue como nuestro amigo se embarcó en un recorrido de experiencias diarias que encajaban y se articulaban a su alrededor y dentro de sí, así empezó el viaje de Aia.

*Para Jana, Berta, Juanma, Blanca, Marta, Pol y Sergio: las valientes que decidieron emprender, como Aia, su propio viaje, cada cual a su admirable y único modo.*



Relato, ilustraciones y maquetación por Laura Benedito.